

ñales exteriores y visibles las pasiones y afectos que siente el hombre moral. Los músculos son los instrumentos principales de la espresion, y aunque bien es verdad que el hombre espresa en todo su exterior las pasiones que siente en lo interior; la cara es sin embargo el teatro principal, donde se presenta la verdadera espresion; por lo que me propongo hacer algunas observaciones sobre su aparato muscular.

Los músculos de la cara forman la parte esencialmente activa y móvil de la espresion que constituye la fisonomía. Si echamos una ojeada sobre los músculos disecados de la cara, observaremos su admirable disposicion y estructura, presentándose bajo de manojos elegantes y delicados, y obrando sobre partes cuyo menor movimiento demuestra nuestros afectos y pensamientos. Se puede á la verdad aplicar á los músculos de la cara lo que el célebre Hogart dice generalmente de todos los músculos del cuerpo humano considerados relativamente al efecto que producen en la belleza de las formas. La línea serpentina, segun observa el citado autor, produce un grande efecto en todos los objetos que nos deleitan, y hace siempre nacer en nosotros la idea de lo bueno y agradable. Esta línea se encuentra en los contornos de la figura humana, principalmente en los de la cara. A esta circunstancia debe el hombre la belleza y la gracia sobre todos los demas seres criados. En efecto, compárese la figura de Apolo con un hieso de las mismas proporciones pero que represente un cuerpo infiltrado, de modo que falten todas sus gracias, sinuosidades, ó cuyos músculos demasidamente flacos formen por falta de gordura en el tegido celular relieves exageradamente grandes. De aquí se verá la influencia de la línea serpentina sobre la belleza de los contornos de la forma humana. La gordura pues, y la piel están destinadas á hacer mas redondos y dulces los contornos que sin ellas serian desagradables aun en la flor de la juventud y forman las líneas serpentinias que dan la gracia al todo.

Estas observaciones consideradas sobre los músculos en general, son mas exactas si se aplican de un modo particular sobre el aparato muscular de la cara. En este aparato el anatómico filósofo no puede prescindir de ver reunidas á la escelencia de la estructura que contribuye á la belleza de la figura humana, la sencillez y la fecundidad de artificio que la naturaleza emplea para espresar sobre una superficie de tan poca estension como la cara, los medios numerosos y variados del lenguaje de la espresion. Cada género de pensamiento, de sentimiento y afeccion encuentra en los músculos los órganos elocuentes de la espresion que le es propia; y entre todos los músculos que componen el aparato de la cara los hay para todas las modificaciones de la alegría, del amor, de la ternura, del desprecio, orgullo, cólera, temor, tristeza, etc. La locomocion general del cuerpo se ejecuta por medio de los músculos del tronco y de las extremidades; ella forma en la economía viviente una funcion, por la qual el animal, espresando y sirviendo al mismo tiempo á la voluntad ó al instinto, rechaza los cuerpos enemigos y dañosos, evita el objeto de sus temores, busca y abraza los de sus deseos y aficion. La accion del aparato muscular de la cara es otra especie de locomocion cuyo objeto es distinto; pues no sirve tan directamente á la voluntad, y se halla mas pronta á las órdenes de la inteligencia y del sentimiento que á las necesidades físicas. El hombre por ella no ejecuta muchas veces lo que desea, sino que pide á todos los que le rodean que sirvan su voluntad, entiendan su pensamiento, y correspondan á sus afecciones.

Los músculos de la cara, además, no son menos dignos de nuestra aten-

por su estructura que por sus usos. Los otros músculos se mueven en general debajo la piel sin forzarla á sus movimientos; solo conocemos su acción por el mayor volumen que adquiere en su contracción, fenómeno que es bien conocido por los escultores y pintores. Los músculos de la cara pueden igualmente demostrar hasta cierto punto su acción, señalándose en la superficie y contribuyendo á producir las líneas serpentinadas, que el pintor Hogart mira con razón como las líneas de la gracia y de la belleza; pero estos músculos tienen además otro modo de manifestar sus movimientos; pues no estando revestidos como los otros de ninguna aponeurosis, se adhieren y unen á la piel y la obligan á arrugarse según la dirección de sus fibras musculares. Estas arrugas y movimientos de la piel de la cara son tanto mas profundos y conocidos, cuanto ménos es la gordura, como sucede en los viejos, y en aquellos que la han consumido por largos ayunos ó mortificaciones, ó en quienes las pasiones han obrado con violencia por mucho tiempo: cortan siempre en ángulo recto las fibras de los músculos que las producen, y por esta razón las arrugas son horizontales en la frente y en el cuello, porque los músculos que ocupan estos lugares tienen sus fibras longitudinales; forman rayos divergentes al rededor de la boca de los ojos, y paralelas en el contorno de la mandíbula inferior.

Los músculos de la cara manifiestan en cada contracción de un modo muy espresivo moviendo la piel á que se adhieren, un pensamiento, una impresión ó un sentimiento, principalmente en el labio superior en que las más pequeñas mutaciones son muy significativas. Cuanto mas observamos la admirable estructura del aparato muscular de la cara, tanto mas nos convenceremos de que renne todas las condiciones necesarias para hablar el lenguaje rápido y variado de las pasiones, y que su conocimiento es indispensablemente necesario al artista filósofo. Teniendo cada hombre su modo de sentir, de pensar y de juzgar, en una palabra sus hábitos morales é intelectuales, resulta que ejercita con preferencia unos músculos mas que otros; pues cada uno de ellos se halla al servicio del alma para espresar un orden particular de ideas y sentimientos, y tiene un modo de figurar particular en el grande cuadro de la espresion. Por consiguiente, según el predominio de una ú otra pasión, y de la acción de unos ú otros músculos para espresar, han de quedar en la cara señales constantes y visibles que nos demuestran y manifiestan la relación del hombre físico y moral. Una emoción accidental ó pasagera, una pasión que no nace del fondo del carácter no deja apenas impresión alguna, como sucede en los niños y mugeres, y en todos los individuos de una constitucion nerviosa y movable; pues sus pasiones son tan rápidas y efímeras, que apenas arrugan la piel de la cara: no sucede pero así en otras constituciones humanas; y á medida que las inclinaciones originarias se desarrollan ó modifican por la educación, y que la existencia moral se forma y se desarrolla, hay en la cara partes que toman mas carácter.

La parte moral puesta en continua acción modela de algún modo la física: ciertos músculos quedan sin acción, mientras que otros mas ejercitados y que se contraen continuamente en la espresion repetida de las pasiones dominantes adquieren mas fuerza y relieve, arrugan mas profundamente la piel, hacen sufrir á las partes sobre que obran mutaciones mas decididas, y demuestran por algunos rasgos característicos, no la pasión del momento, sino el sentimiento y los hábitos que forman el principal carácter. Basta reir ó sonreir muchas veces, experimentar constantemente sentimientos de amor, de ternura, de piedad ó de benevolencia, dejarse arrebatado amenudo del orgullo, del

desprecio, de la ira, de la envidia ó entregarse á las pasiones crueles y feroces, para quedar en la cara un carácter permanente, una cierta impresión que demuestra la afección dominante y habitual. Por las mismas reglas nos conducimos para estudiar y conocer las producciones de las bellas artes: en una galería llena de bustos ó retratos cuyos originales no son desconocidos, buscamos con mas ó ménos interes una alma y un carácter. Aquellos que hacen revivir de algun modo los grandes personajes que representan nos interesan mas particularmente; pues nos figuramos ver en sus imitaciones mas ó ménos exactas lo que distinguió la existencia moral de los grandes hombres cuya memoria nos conserva, es decir el trabajo de sus pensamientos ó pasiones dominantes sobre la cara, el móvil de su talento, el resorte de su espíritu, algunos señales de sus virtudes ó vicios, que son los títulos á la admiración ó al desprecio de la posteridad.

FRAGMENTO 3.^o
Division de los músculos de la cara, y en particular de los pertenecientes á la vida interior ó nutritiva.

Los músculos de la cara se dividen en dos clases: unos que pertenecen mas directamente á la vida interior ó nutritiva, cuyo efecto se dirige á los movimientos de la mandíbula inferior; y otros que únicamente tienen relacion á la vida exterior moral é intelectual. Los músculos de la primera clase son los temporales, los masceteros, á los cuales se pueden añadir los bucinatores los que se hallan profundamente situados, y solamente se ve una pequeña parte de ellos. Los temporales y los masceteros hacen mover con fuerza la mandíbula inferior sobre la superior, producen la trituration de los alimentos, y aquí empieza el círculo de las acciones de que se compone la vida de nutrición ó interior. Estos músculos igualmente que los bucinatores son distintos de los otros músculos de la cara, pues se encuentran sobre los lados y en el espesor de ella á cuya forma contribuyen, sin tomar casi ninguna parte en su expresión habitual. Son de otra parte muy fuertes, muy voluminosos, y mas propios para hacer movimientos enérgicos, que á formar algunos rasgos delicados y rápidos del cuadro de la expresión. Estos músculos por su posición, parece que sirven mas para formar los bordes que el fondo de dicho cuadro, y el carácter de su estructura corresponde mas á la violencia de los impulsos de un ciego instinto que á las determinaciones de la voluntad.

Pasando ahora á los bucinatores, estos tienen su atage fijo en los bordes alveolares superiores é inferiores, y el móvil en los ángulos de los labios que tiran hácia atrás. Estos músculos se encuentran situados en el espesor de las mejillas y contribuyen á la trituration y deglucion de los alimentos; pues los dirigen bajo los dientes y hácia el faringe: son en general mas desarrollados en los sujetos muy comedores, y en quienes predomina la vida nutritiva: son mas estendidos, influyen de un modo particular en los que tocan instrumentos de viento, y en los que trabajan al soplete: su estado continuo de contracción produce un carácter particular en las mejillas, como se observa en los sujetos dichos y que expresó con tanta verdad Lebrun en el trompeta que colocó en su cuadro de la entrada de Alejandro á Babilonia. Los músculos masceteros y temporales igualmente que los bucinatores son muy decididos é influyen sobre la fisonomía en las personas que comen mucho y con

rápidez. Contrayéndose estos mismos músculos con fuerza en la cólera, el furor y todas pasiones convulsivas y crueles, modifican notablemente la cara de los hombres en quienes semejantes pasiones son habituales y forman el rasgo principal de su carácter. El constante disimulo, y la concentración de una alma continuamente agitada y atormentada por pasiones las mas violentas, tienen igualmente relacion con las mandíbulas, teniendo en un estado habitual de contraccion, y dan á la boca una disposicion permanente, que es fácil conocer. Los músculos de los labios contribuyen ademas á esta variedad individual, y sucede en los esfuerzos y movimientos escitados con el fin de contener y comprimir la espresion de un carácter violento é impetuoso. En los sujetos de este carácter los labios son regularmente delgados, pero nunca entreabiertos, ni aun en el mayor reposo de su fisonomía: el espacio que media entre la nariz y la boca tiene poca estension, y el labio superior es siempre mas delgado y ménos avanzado que el inferior. La seguridad, el caudor, la inocencia y la franqueza, se espresan al contrario por una boca entre abierta, como se vé en los niños, en quienes este carácter depende ya de su estado moral, ya de la disposicion de los órganos. De lo dicho se infiere: que los músculos que levantan la mandíbula inferior interesan la espresion de un modo secundario: que pertenecen mas particularmente á la vida de nutricion: que el hombre espriime por ellos principalmente las pasiones groseras y bajas y sus inclinaciones feroces y crueles; y que en estos la espresion tiene un carácter de brutalidad, de violencia y de disimulacion.

FRAGMENTO 4º

De los músculos de la cara pertenecientes á la vida exterior moral é intelectual, y particularmente del músculo cutáneo.

Los otros músculos de la cara corresponden particularmente á la vida de relacion, y se distinguen de los dichos por su delicadeza y elegancia. Antes de entrar á hablar de estos músculos, debo tratar de uno que solo pertenece á la cara por una pequeña porcion de su parte superior. Este músculo que pertenece mas al cuello que á la cara es una ancha expansion muscular, subcutánea; y se llama cutáneo de cuello: es ancho, delgado y forma en los cuadrúpedos una piel carnososa que se arruga en su contraccion y mueve los pelos de un modo muy espresivo. Este músculo en el hombre nace de la parte superior de la espalda y pecho, y termina en el borde esterno de la mandíbula inferior y en los ángulos de los labios. Sus fibras, siendo longitudinales, deben arrugar la piel transversalmente cuando se contrae. Cuando obra con fuerza en las personas flacas ó de una edad avanzada, se manifiesta bien debajo la piel y forma sobre los costados del cuello dos relieves bastante duros, cuyo aspecto es algo desagradable. Este músculo baja tambien la mandíbula inferior y mueve sensiblemente hácia afuera el labio correspondiente igualmente que los ángulos de la boca. Obra en la sonrisa; pero mas particularmente concurre á la espresion de las pasiones tristes y severas. En el Calístenes, que algunos miran como una cabeza de Caton el Censor, este músculo ocupa una parte principal: la superficie del cuello en esta figura ha sido sensiblemente atormentada y hecha desigual por las contracciones habituales de este músculo y la depresion y separacion de los ángulos de los labios dan á conocer una espresion permanente de un humor severo. La accion del mús-

culo cutáneo debe esprimir en los sugetos que llevan una larga barba, movimientos muy espresivos. Cuando en una edad avanzada la mandíbula inferior se inclina hácia delante, este músculo que se encuentra entónces mas estendido, y en un estado habitual de contraccion produce una separacion y depression de los ángulos de los labios, carácter de vejez y caducidad, cuya causa no deben ignorar los artistas.

LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MADRID.

Sesion extraordinaria en celebridad de la Mayoría de S. M. la REINA.

En la noche del sábado último tuvo por fin lugar esta funcion por tanto tiempo anhelada; y forzoso es convenir en que si se ha hecho esperar, ha correspondido dignamente á lo mucho que se aguardaba.

El salon del establecimiento ofrecia un aspecto bellissimo; habianse vestido sus paredes con un papel de delicado gusto, imitando á terciopelo, y adornábanlas ademas seis medallones con los retratos de monarcas españoles que han sido declarados mayores antes de la época por las leyes prefijada. Numerosos espejos reflejaban por do quiera las infinitas luces que ardan en arañas y candelabros; y completaban tan espléndido conjunto colgaduras de buen efecto y ricas alfombras. El salon que sirve de paso al principal estaba no menos vistosamente engalanado. Veianse en él cuadros bellisimos y esculturas de nuestros primeros artistas, cautivando sobre todo la atencion de los concurrentes el lienzo que trasladaba el hermoso semblante de la augusta Reina madre, pintado por el Sr. Gutierrez, y un magnifico S. Gerónimo, del Sr. Piquer.

Desde las siete estaba ocupado el anchuroso recinto por lo mas distinguido de la sociedad madrileña; las señoras ostentaban su lujo y su elegancia; los hombres vestian de rigorosa etiqueta. A las ocho en punto presentóse S. M. la Reina con su escelsa hermana y seguida de los Serms. Sres. Infantes don Francisco de Paula y doña Luisa Carlota, y sus augustos hijos. Acompañaban al idolo de los españoles la señora marquesa viuda de Santa Cruz, la señora condesa de Oñate, el conde de Santa Coloma, el marques de Malpica, el conde de Cumbres-Altas, y otras varias personas de su servidumbre, y fue recibida S. M. con el ceremonial de costumbre, y con iguales muestras que siempre de amor y respeto. Dirigiéronse las personas Reales á los asientos que les estaban preparados, y acto continuo principió la funcion.

Ibase á celebrar una doble solemnidad: al paso que se festejaba por el Liceo la reciente declaracion de las Córtes, S. M. debia entregar, como otras veces lo ha hecho ya, á los individuos que han asistido al concurso de los juegos florales los premios que han obtenido. Inestimable valor añade asi la régia mano al galardón conquistado por la inteligencia y el mérito. El Sr. Bertran de Lis, en su sentido discurso, manifestó á la escelsa Señora la gratitud

de la corporacion por el nuevo honor que la dispensaba, viniendo á tomar parte, á coronar un acto tan solemne. En seguida S. M. fué entregando sucesivamente las flores de oro á los agraciados, que retirábanse ufanos con el doble honor que les cabia.

Alzóse entónces el telon, y se cantó por la quinta seccion un bellissimo himno, letra del Sr. D. Ventura de la Vega, música del maestro Valldemosa. En el fondo de las decoraciones resplandecia un sol brillante, lanzando luminosos rayos; delicada alegoría á S. M., que es el astro que luce para ventura de los pueblos.

En seguida se ejecutó con rara perfeccion la ópera de Bellini *I Capuletti ed i Montechi*: desempeñaban en este bellissimo spartitto el papel de Romeo la Sra. Lema de Vega; el de Julieta la señorita doña Natividad de Rojas; el de Tebaldo el Sr. Ojeda; y los otros los Sres. Reguer y Barba. Solo la presencia de las personas reales pudo impedir que estallase cien veces el mal reprimido entusiasmo; la Sra. de Vega estuvo tan admirable como siempre, que es el mayor elogio que podemos hacerla; la señorita de Rojas, que pisaba por primera vez las tablas, presentóse con gran soltura y desembarazo, y cantó con maestria, con seguridad y gusto, dejando agrablemente sorprendidos á cuantos tuvimos el gusto de oír y observar en esa noche el dulce timbre de su voz, su buen método de canto y su elegancia en la accion: los demas figuraron muy bien junto á tan aventajados artistas.

S. M. se dignó aceptar en un entreacto el refresco que le estaba destinado, y se retiró á las doce de la noche, despues de concluida la funcion, manifestando espresivamente su complacencia.

Olvidamos decir que asistieron el cuerpo diplomático, casi todos los señores ministros y las principales autoridades de Madrid.

Cábenos la fortuna de terminar esta breve reseña con una composicion de las que forman el album que el Liceo ha regalado á la Reina. Su autora tuvo el honor de leerla en un intermedio, de besar la Real mano, y de oír de los augustos labios la mas lisongera aprobacion.

Madrid 26 de diciembre de 1843.



A S. M. la Reina Doña Isabel Segunda.

ODA.

Cuando al imperio de su voz rugiente
 La discordia fatal brota facciones,
 Y al rápido torrente
 De ódios infandos, locas ambiciones,
 Son diques importunos
 Derechos santos, potestades altas;
 Entre pasiones que ensañadas luchan

Brillán guerreros y alzanse tribunos,
 Infaustos ecos del feral combate;
 Mas no entonces se escuchan
 Acentos de la cítara sonora,
 Que enmudecido el vate
 El lauro huella y su dolor devora.

¿Y á qué halagar el aura fugitiva
 Con amoroso y lánguido desmayo,
 A la encina desnuda
 Que en tierra postra su cerviz altiva,
 Despojo ya del devorante rayo?
 ¿A qué bramando la tormenta ruda,
 De la naufraga nave
 Al mástil destrozado
 Irá á posarse el ave,
 En hirvientes espumas
 Tal vez dejando perfumadas plumas?

Un tiempo fué que en turbulencias varias
 Con entusiasmo noble
 Bebió la inspiracion el genio fuerte,
 Y á las aras corriendo solitarias
 De un númen perseguido,
 De las heladas manos de la muerte
 Arrancaba los lauros de la gloria,
 Dejando al mundo en su postrer gemido
 Un himno de victoria.
 Hechos sublimes, pálidos recuerdos:
 Hoy, de edades remotas
 No comprendidas ya. La poesia
 No oyera entonces con inercia fria.
 Los elocuentes ecos del Eurotas,
 Que de Leonidas el preclaro nombre
 A par de libertad daban al viento,
 Ni ensordecen pudiera
 Al murmullo del Tiber opulénto,
 Que en sus ondas llevaba por insinia
 La immaculada sangre de Virginia.

Perseguida y errante
 La sana libertad entonces tuvo
 En cada corazon templo secreto,
 Y su rastro divino
 Brilló sobre las crestas del Huneto,
 Radió del Quirinal en la alta cima,
 Y deslumbró con fulgorosa lumbre
 Al Alpe agreste en la nevada cumbre.

Más hoy, si suena el profanado nombre

Pasado nùmen de grandiosos hechos,
 Por mas que al vulgo asombre
 Ni un eco encuentra en generosos pechos,
 Ni al noble vate inspiracion envia:
 Que el voraz tiempo en su carrera impia
 Ni los antiguos nùmenes perdona!
 Vió desceñida de su frente augusta
 La deidad santa su inmortal corona;
 Entre sangre brilló su faz adusta
 Que al genio mas que á la opresion espanta,
 Y en el ara funesta,
 Que hoy á su culto adúltero levanta
 El delirio sangriento,
 Su nombre solo á pronunciar se apresta,
 Al pie del horroroso simulacro,
 La licencia fatal, con ronco acento:
 Mas de su nombre sacro
 La vil profanacion escucha el nùmen:
 Tiembla indignado; siente
 Su vergüenza cruel y su abandono,
 Y va á ocultar la mancillada frente
 Bajo la escelsa magestad del trono.

¡ Union dichosa, próspera alianza!
 ¡ Digna aureola del poder supremo,
 Que porvenir magnifico afianza!
 Enmudeció el blasfemo
 Acento que con nombres venerados
 Anárquicos furoros difundia;
 Y el consorcio divino
 Que á la Europa feliz manda el destino,
 Y que á una voz la humanidad pedia,
 No enjendrará ni Césares ni Brutos;
 Que el árbol santo de la paz, sus frutos
 Hará brotar en religiosas leyes,
 Por las libres naciones cultivado
 Bajo el dosel de sus augustos reyes.
 Entre ellas tú levantarás la frente,
 ¡ Noble madre del Cid, fecunda en gloria!
 Tú, que al carro feral de la anarquía
 Unir jamas quisiste tus leones:
 Tú, cuya egregia historia,
 Asombro de la rica fantasia,
 Enlaza con los áureos eslabones
 De tu cadena de monarcas grandes
 Tantos héroes ilustres; que el valiente
 Brazo tendiste al piélago profundo,
 Sintiendo que á tu gloria prepotente
 Era pequeño el ámbito de un mundo.

No la menos dichosa
 Serás, ¡oh Iberia! que con noble brio
 Las águilas del Corso quebrantando,
 De sus tenaces garras
 El sòlio augusto rescatar supiste.
 Sòlio que libre del baldon nefando
 Con nueva pompa y resplandores brilla,
 Cuando en la nieta del tercer Fernando
 Su segunda Isabel mira Castilla.

Salud, vírgen real! tu nombre caro
 Símbolo de virtud, cifra de gloria,
 A par que anuncia plácida bonanza
 En alas de la fúljida esperanza,
 Despierta en la memoria
 Timbres, hazañas mil. Cual hora subes
 Astro de paz, al horizonte Ibero,
 Con tu fulgor primero
 Rasgando negras, tormentosas nubes,
 Asi tras largos dias
 De un siglo de penar, brilló la pura
 Aurora bella de mayor ventura,
 Con que del pueblo hispano
 Premiár al cielo las virtudes plugo;
 Y su cetro cobró la blanca mano
 Que fuerte con la cruz y con la espada,
 Quebrantar supo el ominoso yugo
 Que abatió el cuello á la imperial Granada.

A tí, heredera de su nombre augusto,
 Y de su cetro fuerte,
 A tí guarda tambien el cielo justo
 La venturosa suerte
 De reparar nuestros prolijos males,
 Borrando las señales
 De tantas años de dolor. Los pueblos
 Beneficios tal vez cobran un dia
 De sus delirios y desastres. Brama
 Asi el volcán ignívomo, su cráter
 Fuego vomita y destruccion derrama
 Entre hirviénte ceniza,
 Que valles, montes, páramos inunda;
 Mas su lava fecunda
 La tierra que devasta fertiliza.

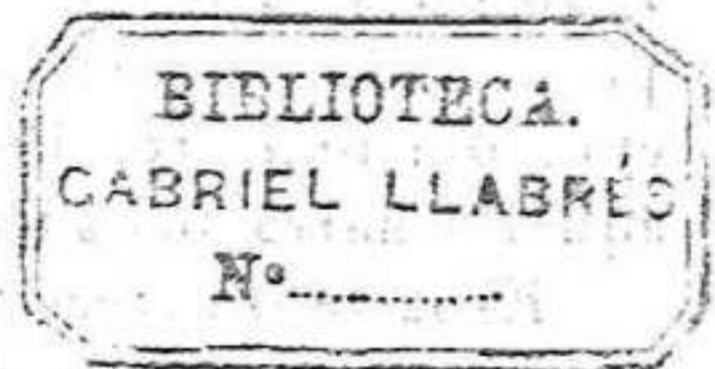
Salud, vírgen real! mi voz humilde,

Que embargada de júbilo te aclama,
Es débil eco del acento augusto
Que del congreso ibero.
Resonó en los dorados artesones
X en el ámbito cruzó de cien regiones,
Gozo vertiendo, penas alejando,
Brotando risas, enjugando lloros,
En cada lábio bendición hallando,
Y en cada corazón ecos sonoros.

Concordia, paz, prosperidad, ventura,
Brotar harás de la suprema silla:
¡Sí: que en tu frente la inocencia brilla,
Y su santa aureola por adorno
Te dió la desventura!....
Sí; que eres bella é Isabel te nombrás;
Y á inspirarte virtud se alzan en torac
De cien monarcas las augustas sombras!

Salud, régia beldad! vírgen divina!
La magnánima frente
A tu planta inocente
La nacion fiera de Pelayo inclina;
Y allà en el accidente
La perla de los mares mejicanos,
Al escuchar de nuestro aplausa el grito
Entre el hervir de sus inquietas olas,
En las alas del viento
Un eco fiel devolverá el acento
Que atruena ya las playas españolas.

G. G. DE AVELLANEDA.



ESPARTERO.

ARTICULO PRIMERO.

Cayó Espartero; y con su caída, entramos en una nueva fase de la revolución, fase que por desgracia no ha terminado aun. Inciertos y perdidos en la confusión que nos envuelve desde la muerte de Fernando, consolámonos los españoles con maldecir el banco de arena, ó el puntia-gudo escollo, cuya proximidad puso en inminente riesgo á la combatida nave; olvidando los nuevos peligros que vamos á correr, solo fijamos la vista en el que acabamos de evitar.

Las proscripciones y emigraciones se suceden con espantosa rapidez; pocos recuerdan el dia de ayer, para conjeturar sobre el dia de mañana; parece que una venda fatal tiene cubiertos los ojos de los que figuran en la escena política, para que no vean la cadena que los arrastra á la sima donde sus antecesores se hundieron. Espartero que habia empujado á D. Carlos hasta la frontera de Francia, y acompañado á la Reina Madre al embarcadero de Valencia, no pensaba que estuviese tan cerca su precipitada fuga hácia el navío Malabar.

Al empuñar las riendas del gobierno, todavía le era posible á Espartero hacer olvidar los medios de que echara mano para encumbrarse; que las naciones como los individuos, inclínanse fácilmente á disimular lo reprehensible en obsequio de lo beneficioso. O no comprendió su posición, ó quizás se aventuró á comprometerla con la esperanza de elevarla. Cuando alejándose de las playas españolas estaba apenas recobrado del temor que le infundieran los ginetes de Concha y veia centelleando en la orilla las vencedoras espadas, sin duda que debió de recordar tristemente su desatentada conducta, y dar una mirada de indignacion á los miserables consejeros, que por espacio de cinco años habian turbado la nacion, urdiendo las pérfidas intrigas que al fin habian de llegar á desenlace tan desastroso y humillante. No insultamos al infortunio; solo indicamos su origen; cuando los culpables están sometidos á solemne expiacion, los miramos bajo la mano de la justicia divina; allí cesa la accion del hombre. Pero la historia y la filosofía tienen sus derechos; aquella narra los sucesos, esta los examina.

Espartero carece de grandor personal; pero su nombre está vinculado con grandes acontecimientos; por cuyo motivo ocupará un lugar en la historia. Esto es para él una desgracia. La gloria no es sinónimo de fama. Quien ha figurado en los sucesos y mostrádose indigno de su posición, no aparece en los cuadros históricos sino como espuesto á la censura pública.

Calidades personales de Espartero.

Se ha echado en cara á Espartero su nacimiento humilde; á los ojos.

de la razón, esto no significa nada. Al contrario, si el ex-regente hubiese manifestado con sus obras, que la fortuna no le habia elevado sin merecerlo; la misma oscuridad de la cuna fuera un bello timbre de su gloria. ¿De qué le sirve al imbecil el lustre de su alcurnia? Para qué necesita un grande hombre los títulos de sus mayores? La nobleza que no está sostenida por las calidades personales del que la posee es un nombre vano; los méritos de nuestros antepasados no son nuestros; y solo se nos aplicarán, si los imitamos. El hombre de humilde cuna que se eleva á encumbrados puestos, por solas sus prendas, será tanto mas digno de loa, cuanto no ha tenido en su apoyo, ni el favor que dispensa el mundo á los vástagos de ilustre prosapia, ni los medios de instruccion y educacion que proporcionan las grandes riquezas; en tal caso, la humildad del nacimiento mas bien debiera ser excusa de algunas faltas que cargo para agravarlas.

La vida privada de Espartero ha sido atacada tambien; señalándose el medio poco decoroso con que habia mejorado su fortuna. No sabiendo hasta qué punto sea esto verdad nos abstendremos de comentarios; mayormente cuando la historia y la esperiencia nos enseñan que los que medran en el torbellino de las revoluciones y en el estrépito de los combates, no siempre se distinguen por una conducta muy ajustada. Como los hombres públicos son juzgados por lo que hacen en público, si Espartero hubiese merecido bien de la patria, poco se cuidaran la generacion presente ni las venideras, de su aficion al juego. Desgraciadamente, tanto los contemporáneos como la posteridad suelen ser indulgentes en demasía con los que llevan á cabo empresas grandes, por mas que sean injustas y desastrosas. ¿No vemos otorgado el título de héroes á los devastadores de la tierra? Pocos recuerdan la severa pero exacta sentencia de San Agustin: «faltando la justicia, ¿qué son los reinos sino grandes latrocinios?» Mucho ménos se repara en los vicios particulares; no embargante que estos vicios son á menudo el origen de faltas de gobierno y calamidades públicas. Pero el hombre resiste con dificultad al prestigio de lo grande y esplendoroso: la misma tempestad que tala los campos, y pone en peligro las vidas, es contada con pavoroso entusiasmo por las víctimas de su furor. Olvídense por un momento las desgracias y riesgos pasados, con el recuerdo de la negrura de las nubes, de la aterradora calma que precedió la tormenta, del deslumbrante resplandor de los relámpagos, del vivo estallido de los truenos, de su estrepitoso y prolongado retumbar.

¿Era valiente? no le negaremos esta calidad; pero tampoco nos resolvemos á otorgársela sin hacer alguna distincion. Si de su valor hubiésemos de juzgar por su conducta en la noche del 7 de octubre, y durante los dos meses del pronunciamiento que le ha derribado, menester es confesar que el fallo no le seria favorable. A decir verdad, hacemos poco caso de las *cargas á la cabeza de la escolta*, y de uno que otro acto de arrojo; lo principal de los sucesos lo sabíamos por conducto del mismo interesado: ¿Qué pensaremos de los *partes* despues de haber visto los *manifestos*?

Nada decidimos sobre el particular; á los gefes que le vieron de cerca cuando subalterno, y á los subalternos que pudieron observarlo cuando

gefe, toca el apreciar su valor; actos aislados, y en circunstancias muy críticas, no revelan la existencia de una calidad. La piedra mas comun arroja tal vez alguna chispa, si se la hiere con viveza. Los muros de Valencia y Sevilla le presentaron hermosa ocasion para mostrar su arrojo; y cuando Narvaez marchando sobre Madrid, y Concha persiguiéndole hasta las orillas del mar, no despertaron en su alma el antiguo valor, lícito es sospechar, que no debió de ser tanto como se nos quiso dar á entender en pomposas relaciones.

Quizás no sería aventurado decir, que Espartero tenia el valor de un soldado, que no le faltaba el suficiente arrojo para echarse sobre la boca de un cañon, y que sin embargo carecia del valor propio de general, y mucho mas de quien se halla al frente de una nacion de catorce millones. Estos dos valores nada tienen de semejante; el primero está en la sangre, en el corazon; el segundo es inseparable del sentimiento de la propia capacidad, de la ojeada vasta y penetrante que comprende la situacion, que ve los medios mas á propósito para dominarla. Al soldado intrépido que marcha sin alterarse á una muerte segura, elevado de repente á un puesto importante: dudará, vacilará, consultará; poco antes no conocia el miedo, pero ahora lo sentirá por primera vez, para sí y para sus subordinados.

El hombre cuya capacidad es inferior à su posicion, no sabe qué hacerse en ella; y por lo mismo es indeciso, irresoluto, tímido. Si es general en gefe, maniobrará de suerte que no pueda comprometerse á trances peligrosos, mientras à esto no le obligue la indeclinable fuerza de circunstancias imperiosas; si se halla al frente del poder, tomará por pensamientos de gobierno los recursos de la intriga. La luz del dia le será aborrecible, necesitará ocultar su miseria en la oscuridad; dejará que las cosas vayan siguiendo su curso; y no sintiéndose con fuerzas propias, lo esperará todo de los favores de la fortuna. En ofreciéndose una crisis complicada no acertará à obrar en ningun sentido, se quedará como atontado; parecerá cobarde, y mas bien será indeciso.

La escasez de talentos de Espartero no ofrece la duda que su valor: es negocio que ha pasado, por decirlo asi, á estado de cosa juzgada. A pesar de su elevacion, no se ha remontado nunca la fama de su capacidad; cuando general la manifestó limitada; pero la nulidad del regente ha dejado muy atras la cortedad del caudillo. Tanta era la evidencia del hecho, que lo han reconocido sus mismos partidarios: y si bien es probable que durante la prosperidad se alegrarian de esta circunstancia que les facilitaba el hacer servir de instrumento y juguete al mismo á quien afectaban acatar; no lo es menos que en los momentos de apuro se llenarian de despecho al ver que tan lastimosamente representaba su papel el malaventurado protagonista.

Cuantos han hablado con Espartero, confiesan que no han visto en él sino un hombre muy comun; y esto debe de ser verdad, supuesto que no pudo deslumbrar á los observadores, ni el prestigio de la elevacion, ni el grandor de los recuerdos. Es cierto que para juzgar á un personaje no siempre es suficiente una entrevista; pero si no basta para

cálificar con exactitud, al menos hace vislumbrar. Sobre todo en momentos críticos, en circunstancias solemnes, el talento brilla, ó cuando menos chispea.

En este suelo clásico de generosidad y deprendimiento, las calidades del corazón pueden suplir una buena parte los defectos de la cabeza; desgraciadamente la pequeñez de alcances de Espartero, tenía un digno compañero en la estrechez y dureza de su corazón. *De bronce* nos dijo que lo tenía, en uno de sus últimos manifiestos; y de bronce lo ha mostrado, nó para arrostrar el peligro, sino para causar friamente el daño. La palabra *perdon* no la acertaron à pronunciar sus labios. ¿Qué sentimientos se abrigan en el pecho de quien fusila à su gallardo compañero de armas y despues de ocho dias de la insurreccion, cuando los arranques de cólera debian estar ya sufocados por la conmiseracion, avivada con los recuerdos de la amistad y de los servicios? Ligera, ligera por cierto ha sido la espiacion de quien pudo hacerse sordo à las súplicas de todo Madrid, à la mediacion de los mismos adversarios del infortunado general, que heridos y desde el lecho de muerte imploraban clemencia!

Los bombardeos de Barcelona y Sevilla han venido à manifestar, que quien tan inhumanamente sacrificaba à los individuos, sabia con no ménos crueldad, destruir los pueblos en masa.

Espartero general.

Espartero escaló la regencia sin méritos para obtenerla, ni capacidad para desempeñarla; y así no es de extrañar que adelantase en su carrera con mas rapidez de lo que era justo. Si carecia de talentos, poseia el arte de intrigar, la calma necesaria para esperar el curso de los acontecimientos, y el secreto de esplotar en su favor los merecimientos ajenos. Hasta que llegó al mando en gefe del ejército no sabemos que manifestase en ninguna ocasion las prendas de un gran general. Si unas veces fue afortunado, otras experimentó dolorosos reveses. Se le dispensaron con frecuencia lisongeros elogios, mas en esto corrió parejas con los demas gefes, à quienes así el general como el gobierno no escaseaban las recomendaciones y los premios. Tal era la situacion de los negocios públicos, tanto era el tiento que convenia emplear con la mira de que el enemigo no pasase de la igualdad à la preponderancia que ambos partidos beligerantes aprovechaban con afan todo cuanto podia servirles, y se afanaban en crear reputaciones, por mas que no debieran durar sino muy escaso tiempo. De estas han quedado en pie las adquiridas con justicia, indemnizándolas la opinion pública de los desdenes de la ingratitud y de los sufrimientos del infortunio; pero, cuántas y cuántas otras se han hundido en el polvo para no levantarse jamás!

Una de las principales operaciones que se encomendaron à Espartero antes de obtener el mando en gefe, fue la persecucion de Gomez: pero Gomez atravesó el reino de Asturias, penetró en Galicia, ocupó poblaciones importantes, revolvió sobre Castilla, y cuando acabàbamos de leer pomposos partes en que se suponía que la division expedicionaria habia sufrido fuertes descalabros, la vimos internarse hasta el corazón

de España, destruir completamente la columna de Lopez en Jadraque, marchar en direccion de Valencia, y con aliento bastante para pasarse por Andalucía y Estremadura, à pesar del desastre de Villarobledo. El general Espartero habia á la sazón caido enfermo y entregado el mando á Alaix; pero los resultados de la campaña, indicaban que no fué muy bien principiada. Ignoramos si la enfermedad seria muy grave, pero lo cierto es que vino muy à tiempo. Con ella logró Espartero dos objetos: precaver los peligros de mala fortuna que afligió á otros generales durante las correrías de la expedicion carlista; y hallarse à las inmediaciones del cuartel general para ocupar el mando que dejaba vacante el malogrado Córdoba.

A poco de ascendido á general en jefe fuele propicia la fortuna en el levantamiento del sitio de Bilbao: pero es de notar que habiendo comenzado el fuego à las cuatro de la tarde, no se presentó Espartero en el campo de batalla hasta cerca la una de la madrugada; pues que se hallaba imposibilitado de hacerlo á causa de alguna indisposicion. No se halló pues en la refriega en los momentos de mas porfiado combate, cuando convenia desplegar el plan de operaciones, y quebrantar el brio de las fuerzas sitiadoras. Ofreció la batalla de Luchana, una de aquellas escenas de valor y constancia que caracterizan al soldado español: españoles peleaban de una y otra parte, y fué necesario todo el furor de los elementos para que el sol no los encontrase todavía en encarnizada lucha. ¿Hasta qué punto influyeron en la victoria el valor y la habilidad del general de la Reina? Lo ignoramos: solo sí diremos, que aquellos laureles fueron horriblemente costosos, que la sangre corrió con espantosa abundancia, que al dia siguiente, el general vencedor sentia amargado el triunfo por la pérdida de tantos valientes, y derramaba lágrimas sobre su tumba, y que la nacion conmovida y angustiada, celebró solemnes exequias por los que habian perecido en la sangrienta batalla. Tanta efusion de sangre, indica bastante claro que la victoria se debió mas bien al tenaz arrojo del soldado que á la pericia del caudillo. El título de *Conde de Luchana* fuera sin duda mas glorioso, si recordase hábiles combinaciones y maniobras, que hubiesen ahorrado llanto y luto á millares de familias.

(Se continuará.)

